

Un sacudimiento bastaba para que zozobrase todo. ¡Qué miseria! Tal vez no era ya tiempo.

Gilliatt se acusó amargamente a sí propio. Debía haber visto inmediatamente la avería. Debían haberse advertido las seis pulgadas de agua en la sentina. Había estado estúpido atribuyendo aquellas seis pulgadas de agua á la lluvia y á la espuma. Se reconvino por haber dormido, por haber comido; se reconvino por su fatiga, se reconvino hasta por la tempestad y por la noche. Todo era culpa suya.

Las imprecaciones que vertía contra sí mismo se mezclaban con la agitacion de su trabajo y no le impedían obrar.

Había hallado la via de agua, y este era el primer paso; el segundo era cegarla. En aquel momento no le era dado hacer mas. No se ejerce bien el arte de carpintero debajo del agua.

Era una circunstancia favorable que la rotura del casco se hubiese verificado en el espacio comprendido entre las dos cadenas que sujetaban á estribor la chimenea de la máquina. Estas cadenas podían contribuir á sujetar el tapon de estopa.

El agua sin embargo ganaba terreno. La crecida había subido otros dos pies. A Gilliatt, puesto en pie, el agua le pasaba de las rodillas.

VI.

DE PROFUNDIS AD ALTUM.

En la reserva de aparejos de la panza, Gilliatt tenía á su disposición un encerado embreado bastante grande provisto en sus cuatro esquinas de largas agujetas.

Cogió el encerado, amarró dos de sus ángulos por medio de las agujetas á dos eslabones de las cadenas de la chimenea por el lado de la via de agua, y echó por encima de la orla el encerado. Este cayó como una sábana entre la Douvre menor y la barca y se sumergió en el agua. Queriendo entrar el oleaje en la sentina lo aplicó contra el casco al agujero. Cuanto mas el agua empujaba, tanto mas se adhería el encerado. Estaba éste pegado á la

fractura por la misma marejada. La herida de la barca tenía ya un apósito.

La tela embreada se interponía entre el interior de la sentina y las olas de afuera. No entraba ya una gota de agua. La vía de agua estaba encubierta, pero no cerrada con estopas. Aquello era un paliativo.

Gilliatt cogió la pala de desagüe, y empezó á achicar la panza. Era ya tiempo. El trabajo le hizo entrar un poco en calor, pero su fatiga era estremada. Se veía obligado á confesar que no llegaría al fin y que no lograría secar la sentina. Había apenas comido, y sufría la humillación de sentirse estenuado.

Media los progresos de su trabajo por el descenso del nivel del agua á sus rodillas. Era un descenso lento.

Además, la vía de agua no estaba mas que interrumpida. El mal estaba paliado, no reparado.

El encerado, empujado por el oleaje dentro de la fractura, empezaba á formar tumor en la sentina. Parecía que había un puño debajo de la tela empeñado en romperla. La tela, sólida y embreada resistía; pero la hinchazón y la tirantez aumentaban, y no había seguridad de que la tela no cediese, pudiendo el tumor abrirse de un momento á otro, en cuyo caso volvería á empezar la irrupción del agua.

Llegado este caso, no hay marinero que no sepa que el único remedio es un tapon. Se echa mano de cuantos trapos se encuentran, de cuanto en la lengua especial se llama *forro*, y se repele como se puede dentro de la grieta el tumor del encerado.

Gilliatt carecía de «forros.» Había consumido en sus faenas cuantos guñapos y estopas había almacenado, y muchos materiales se llevó también la ráfaga.

En rigor, hubiera podido hallar algunos restos registrando entre las rocas. La panza se había aligerado lo suficiente para poder él separarse de ella un cuarto de hora; ¿pero cómo hacer sin luz un registro semejante? La oscuridad era completa. No había luna; no había mas que el sombrío cielo estrellado. Gilliatt no tenía ningun resto de jarcia seca para hacerse una mecha, ningun sebo para improvisar una vela, ningun fuego para encenderla, ningun farol para resguardarla del aire. Todo estaba confuso é indistinto en la barca y en el escollo. Se oía el agua zumbar alrededor del casco herido, y ni siquiera se veía la grieta, de suerte que Gilliatt tuvo que conocer con el tacto la tensión creciente del encerado. Imposible era hacer á oscuras una investigación útil de los harapos de tela y de cordaje diseminados por las rompientes. ¿Cómo, sin ver muy claro, rebuscar arambeles entre las rocas?

Gilliatt miraba tristemente la noche. Se veían muchas estrellas, y no se veía ni una vela.

Habiendo disminuido dentro de la barca la masa líquida, la presión exterior aumentaba. La hinchazón del encerado tomaba proporciones alarmantes. Crecía incesantemente. Era como un absceso llegado para abrirse al estado de madurez. La situación, momentáneamente mejorada, volvía á ser amenazadora.

Un tapon era imperiosamente reclamado por las cir-

cunstancias. Gilliatt no tenia mas que sus vestidos.

Recuérdese que los habia puesto á secar en los picos de la Douvre menor.

Fué á recogerlos y los puso en la orla de la panza.

Tomó su capote embreado, y de rodillas dentro del agua, lo metió en la grieta, echando hácia fuera el tumor del encerado, y por consiguiente vaciándolo. Despues del capote, introdujo la piel de carnero, despues de la piel la camisa de lona, despues de la camisa el chaqueton. El agujero se lo tragó todo.

No tenia encima mas que una prenda de ropa, el pantalon, que se lo quitó para afianzar el tapon. No parecia que éste fuese insuficiente.

El tapon salia fuera de la grieta envuelto en el encerado. El oleaje, queriendo entrar, empujaba el obstáculo, lo ensanchaba útilmente sobre la fractura, y lo consolidaba. Era una especie de compresa exterior.

Interiormente, habiendo sido repelido solamente al centro de la hinchazon, quedaba alrededor del agujero y del tapon un rodete circular del encerado, tanto mas adherente, cuanto que las desigualdades mismas de la fractura le retenian. La via de agua estaba cegada.

Pero nada podia darse mas precario. Las agudas esquirlas de la fractura que fijaban el encerado podrian taldrarlo, y por los agujeros volveria á entrar el agua. Gilliatt, en la oscuridad, ni siquiera se apercibiria de ello. Era poco probable que el tapon resistiese hasta asomar el dia. La ansiedad de Gilliatt tomaba otra forma, pero él la

sentia crecer al mismo tiempo que sentia abandonarle sus fuerzas.

Volvió á su tarea de vaciar la sentina, pero sus brazos, agotadas ya sus fuerzas, podian apenas levantar el achicador lleno de agua. Estaba desnudo, y tiritaba.

Gilliatt veia acercarse siniestramente la última estrechidad.

Cruzó su espíritu la idea de una eventualidad posible.

En alta mar podia haber una vela.

Podia ayudarle un pescador que por casualidad pasase por las aguas de los Douvres. Habia llegado el momento en que tenia absoluta necesidad de un colaborador. Un hombre y una linterna, y todo podia salvarse. Siendo dos, seria fácil vaciar la sentina, y estando restañado el líquido de la barca, libre ésta del sobrepeso que la abrumaba, subiria, recobraría su nivel de flotacion, saldria del agua la grieta, podria ejecutarse la recorrida, y reemplazar inmediatamente el tapon con una pieza de bordaje, y el aparato provisional aplicado á la fractura con un reparo definitivo.

De otra suerte, era menester aguardar el dia, estar esperando toda la noche. ¡Funesto retraso, que podia ser la perdicion!

Gilliatt experimentaba la calentura de la urgencia.

Si por casualidad habia á la vista el farol de un buque, Gilliatt podria, desde lo alto de la Douvre mayor, hacer señales. El tiempo estaba en calma, no soplaba viento alguno, el mar permanecia tranquilo, y un hom-

bre , agitándose en el estrellado fondo del cielo, podia ser visto. El capitan de un buque, y aunque no sea mas que el patron de una barca, no se halla durante la noche en las aguas de los Douvres sin tomar la precaucion de dirigir al escollo un anteojo de larga vista.

Gilliatt esperaba ser visto.

Escaló el buque náufrago, llevó la mano á la cuerda de nudos, y subió á la Douvre mayor.

¡Ni una vela en el horizonte! ¡Ni un fanal! El agua á cuanto alcanzaba la vista estaba desierta.

No habia auxilio ni resistencia posibles.

Gilliatt se sintió desarmado, lo que no le habia sucedido aun hasta entonces.

La fatalidad oscura le dominaba. Él, con su barca, con la máquina de la Duranda, con todo su trabajo hecho, con todo el éxito obtenido, con todo su valor, pertenecia al abismo. No habia medio de luchar, y estaba condenado á una actitud pasiva. ¿Cómo impedir al flujo aparecer, al agua subir, á la noche continuar? El tapon era su único punto de apoyo. Gilliatt para componerlo y completarlo se habia estenuado y quedado desnudo; no podia fortificarlo, ni afirmarlo; el tapon habia de quedar tal cual era, y todo esfuerzo habia fatalmente concluido.

El mar tenia á su discrecion aquel aparato improvisado aplicado á la via de agua. ¿Cómo se comportaria aquel obstáculo inerte? Ahora era él, no era ya Gilliatt quien combatia. Era un guiñapo quien tenia á su cargo la gran mision, no era un ingenio. La hinchazon de una ola bas-

taba para destapar el agujero. Toda la cuestion se reducía á un poco mas ó menos de presion.

Todo iba á desenlazarse por una lucha maquinal entre dos cantidades mecánicas. Gilliatt no podia en lo sucesivo ayudar á su auxiliar, ni contrarestar al enemigo. No era mas que el espectador de su vida ó de su muerte. Aquel Gilliatt, que habia sido una providencia, se hallaba en el minuto supremo reemplazado por una resistencia inconsciente.

Ninguno de los peligros, ninguno de los horrores que Gilliatt habia atravesado, se acercaba á éste.

Al llegar al escollo Douvres, se habia visto cercado y como cogido por la soledad. Esta soledad hacia mas que rodearle, le envolvía. Mil amenazas á la vez le habian enseñado los puños. El viento estaba allí, próximo á soplar; el mar estaba allí, próximo á rugir. Era imposible tapar aquella boca, el viento; era imposible quitar los dientes á aquella mandíbula, el mar. Y sin embargo, Gilliatt habia luchado; hombre, habia combatido cuerpo á cuerpo con el Océano, se habia agarrado por el cuello con la tempestad.

Habia además hecho frente á otras ansiedades y á otras necesidades. Habia tenido que habérselas con todos los apuros. Tuvo necesidad de trabajar sin herramientas, de remover grandes moles sin ausilio, de resolver problemas sin ciencia, de beber y comer sin provisiones, de dormir sin cama y sin techo.

En aquel escollo, caballete trágico, habia sido sucesivamente torturado por las diversas fatalidades atormenta-

doras de la naturaleza, madre cuando bien le parece, verdugo cuando así le place.

Habia vencido al aislamiento, vencido al hambre, vencido á la sed, vencido al frio, vencido á la calentura, vencido al trabajo, vencido al sueño. Habia encontrado para cerrarle el paso los obstáculos coaligados. Despues de las privaciones, el elemento; despues de la marea, la tormenta; despues de la tempestad, el pulpo; despues del monstruo, el espectro. ¡Lúgubre ironía final!

En aquel escollo, del cual habia contado Gilliatt salir triunfante, Clubin muerto acababa de mirarle riendo.

La risa fisgona del espectro tenia razon. Gilliatt se veia perdido, Gilliatt se veia tan muerto como Clubin.

El invierno, el hambre, la fatiga, el buque náufrago que habia que destrozarse, la máquina que habia que traspasar, las violencias del equinoccio, el viento, el trueno, el pulpo, todo era nada comparado con la via de agua. Se podia tener, y Gilliatt habia tenido, contra el frio el fuego, contra el hambre los mariscos de las rocas, contra la sed la lluvia, contra las dificultades del salvamento la industria y la energía, contra la marea y la tempestad el quebranta-olas, contra el pulpo la navaja. Contra la via de agua, nada.

El huracan le dejaba este adios siniestro, última hostilidad, estocada traidora, ataque insidioso del vencido al vencedor. La tempestad huyendo arrojaba esta flecha en pos de sí. La derrota volvía la cara y hería. Era la puñalada páfida del abismo.

Se combate la tempestad; pero ¿cómo combatir un rezumo, una resudacion?

Si el tapon cedia, si volvía á abrirse la via de agua, nada podia evitar que la panza se fuese á pique. Era la ligadura de la arteria que se deshace. Y una vez sumergida la panza en el fondo del agua, con el sobrepeso de la máquina, no habia ningun medio de sacarla á flote. El magnánimo esfuerzo de dos meses titánicos conducía en definitiva á un anonadamiento. Volver á empezar era imposible. Gilliatt no tenia ya ni fragua, ni materiales. Tal vez, al rayar el alba, iba á presenciar cómo su obra toda entera se hundía lenta é irremediabilmente en el abismo.

Es cosa horrible sentir debajo de sí la fuerza sombría.

El abismo le atraía.

Sumergida su barca, no le quedaba mas recurso que morir de hambre y de frio, como el otro, como el náufrago del peñasco el Homme.

Durante dos largos meses las conciencias y las providencias que se hallan en lo invisible habian asistido al siguiente espectáculo: á un lado las estensiones, las olas, los vientos, los relámpagos, los rayos los meteoros, al otro, un hombre; á un lado el infinito, al otro un átomo.

Y habia habido batalla.

Y hé aquí que tal vez tan gran prodigio abortaba.

Asi es como conducía á la impotencia aquel heroismo inaudito, asi es como concluía por la desesperacion aquel formidable combate aceptado, aquella lucha de Nada contra Todo, aquella Iliada de uno solo.

Gilliatt como loco miraba el espacio.

No tenia siquiera una pieza de ropa. Estaba desnudo delante de la inmensidad.

Entonces, en medio de la postracion causada por toda aquella enormidad desconocida, no sabiendo ya lo que de él se queria, confrontándose con la sombra, en presencia de aquella oscuridad irreducible, entre el rumor de las aguas, de las corrientes, de las olas, de las espumas, de las ráfagas, debajo de las nubes, debajo de los soplos, debajo de la vasta fuerza dispersa, debajo de aquel misterioso firmamento de las olas, de los astros, y de las tumbas, debajo de la intencion posible mezclada con todas estas cosas desmedidas, teniendo en torno suyo y debajo el Océano, y encima las constelaciones, bajo lo insondable se anonadó, renunció á toda resistencia, se echó cuan largo era sobre la roca, con el semblante vuelto á las estrellas, vencido, y juntando las manos delante de la profundidad terrible, gritó en lo infinito: ¡Misericordia!

Aterrado por la inmensidad, oró.

Allí estaba solo, en aquella noche, encima de aquella roca, en medio de aquel mar, caido de fatiga, como herido por un rayo, desnudo como el gladiador en el circo, solo que en lugar de circo tenia el abismo, en lugar de fieras, las tinieblas, en lugar de los ojos del pueblo, la mirada de lo desconocido, en lugar de vestales, estrellas, en lugar de César, Dios. Le pareció que se sentia disolverse en el frio, en el cansancio, en la impotencia, en la oracion, en la sombra, y sus ojos se cerraron.

VII.

HAY UN OIDO EN LO DESCONOCIDO.

Pasaron algunas horas.

El sol salió deslumbrador.

Su primer rayo alumbró en la meseta de la Douvre mayor una forma inmóvil.

Esta forma era Gilliatt.

Seguia echado en la roca.

Aquella desnudez helada y aterida no se revelaba con ningun calofrio. Los párpados cerrados estaban descoloridos. Hubiera sido difícil determinar si era ó no cadáver.

Parecia que el sol le miraba.

Si aquel hombre desnudo no estaba muerto, le faltaba.

tan poco para estarlo, que la menor bocanada de aire frío le hubiera rematado.

El viento empezó á exhalar, tibio y vivificador, el aliento primaveral de mayo.

El sol sin embargo se iba mostrando en el profundo cielo azul, y su rayo menos horizontal tomó un color de púrpura. Su luz se hizo calor, y envolvió á Gilliatt.

Gilliatt no se movía. Respiraba con una de esas respiraciones próximas á extinguirse que con dificultad empañarian un espejo.

El sol prosiguió su ascension, cayendo sus rayos sobre Gilliatt cada vez menos oblicuos.

El viento, que hasta entonces no habia sido mas que tibio, se hizo caliente.

Aquel cuerpo rígido y desnudo seguia sin movimiento, si bien el cútis parecia menos lívido.

El sol, aproximándose al cenit, cayó á plomo sobre la meseta de la Douvre. Una prodigalidad de luz cayó desde lo alto del cielo, uniéndose á ella la vasta reverberacion del mar sereno; la roca empezó á entibiarse, é hizo entrar en calor al hombre.

Un suspiro levantó el pecho de Gilliatt.

Gilliatt vivía.

Siguió el sol prodigándole sus caricias, casi ardientes.

El viento, que era ya viento de Mediodía y de verano, se acercó á Gilliatt como una boca, soplando suavemente.

Gilliatt se movió.

La tranquilidad del mar era inesplicable. Murmuraba

con un murmullo de nodriza cerca de su rorro. Parecia que las olas mecían el escollo.

Las aves marítimas, que conocían á Gilliatt, se cercian inquietas encima de él. Su inquietud no era ya su inquietud salvaje. Tenía no sé qué de tierno y fraternal. Las pobres aves gritaban débilmente. Parecia que llamaban á Gilliatt. Una paviota, que sin duda le amaba, se permitió la familiaridad de acercársele y hablarle, y como él al parecer no la oía, se puso encima de su hombro y le picó en los labios cariñosamente.

Gilliatt abrió los ojos.

Las aves, contentas y ariscas, se fueron.

Gilliatt se incorporó, se desperezó como un león que acaba de despertarse, corrió al borde de la plataforma y dirigió su primera mirada al estrecho de los Douvres.

Allí estaba la panza intacta. El tapon se habia mantenido en el agujero. El mar probablemente no la habia tratado con mucha aspereza.

Todo estaba salvado.

Gilliatt no sentía ya cansancio alguno. Sus fuerzas estaban reparadas. Su desvanecimiento habia sido un sueño.

Achicó la panza, puso en seco la sentina y estando la avería fuera ya de la línea de flotacion, se vistió, bebió, comió, estuvo alegre.

La vía de agua, examinada de día, requeria mas trabajo de lo que él habia creído. Era una avería bastante grave. No tuvo Gilliatt demasiado con todo el día para repararla.